

Efecto túnel

Josep M. Rodríguez

En 1973, un grupo de poetas cordobeses, entre los que estaban Francisco Gálvez, Rafael Álvarez Merlo y José Luis Amaro, se embarcan en una de las aventuras literarias más interesantes y heterodoxas de finales del siglo XX español: la revista *Antorcha de paja*, que desde 1982, con la publicación de *Lilia culpa*, de Manuel Álvarez Ortega, tuvo también su propia colección de «Suplementos». Y fue precisamente en esa colección –que tan sólo llegó a cumplir diez números– donde tres años después se editaría el primer libro de poemas de Justo Navarro: *Los nadadores*.

Los primeros libros suelen ser como los mapas de carreteras. Lo que importa es dónde se quiere ir, no el lugar al que se acaba llegando. Nos seduce su promesa. Pero la juventud y la ambición son materiales altamente inflamables. De ahí que con los escritores jóvenes suceda lo mismo que con los tambores: hacen más ruido los que están más huecos. Nada que ver con Justo Navarro. Quizá porque *Los nadadores* se imprime cuando su autor cuenta treinta y dos años. Es decir, cuando ya no es estrictamente un joven: «Como una atleta débil que recurre a la trampa, / así el tiempo simula / detenerse. Un revólver en el reino del hampa // de las horas, apunta incesable y en vilo. / Hay días de sigilo como panteras negras».

Los nadadores es un primer libro que no parece un primer libro. De entrada sorprende su andamiaje técnico. Las rimas imposibles –«jabalinas / piscinas» o «tifo / grifo»– se cargan de naturalidad gracias al exquisito uso que su autor hace del encabalgamiento. Destaca también la riqueza de lenguaje, la variedad de metros, las metáforas e imágenes orgánicas, puestas al servicio de la narración: «Una luz lisa fosforece / en el aire naranja de la gaso-

Justo Navarro: *Mi vida social*. Valencia, Pre-Textos, 2010.

linera. / Es un arpón: si crece, / te perfora los ojos. Cera / fundida: fluye el mediodía». Pero por encima de todo sobresale la capacidad de sugerencia, su hilo invisible, con el que Justo Navarro teje una historia de tardes de piscina y orquestas de otro tiempo. Una historia de misterio y sigilo, como si se tratase de una novela de intriga –de hecho, «Serie negra» no sólo es el título de una de las piezas centrales del volumen, sino también de otros siete poemas publicados en el número de agosto-septiembre de 1976 en la revista *Antorcha de paja*.

Diez años después, la colección «Maillot amarillo» editó *Un aviador prevé su muerte*. La segunda entrega lírica de Justo Navarro debe su título a un poema de W. B. Yeats: «An Irish Airman Foresees His Death». Como ya sucedía en *Los nadadores*, el culturalismo se convierte en un recurso, no en una bandera. Así los ecos modernistas de «Lo fatal» o la alusión a Nabokov en el poema «Lolita»: «Resiste algún deseo: cuando la vida merma, / tiene el pasado un aire de adolescente enferma / con las uñas lacadas».

La contigüidad en el tiempo explica en parte las concomitancias, la cercanía de temas y de tonos entre dos obras que participen del mismo mundo personal y cerrado. Según la nota bibliográfica de la solapa, *Los nadadores* está «escrito entre febrero y marzo de 1984». Y recordemos que *Un aviador prevé su muerte* se imprime en agosto de 1986. En ese breve periodo de tiempo, Justo Navarro da por terminados un total de cuarenta y dos poemas. Cantidad que parece más propia de un único volumen. Como en el caso del libro que ahora nos ocupa.

La tercera y hasta la fecha última obra lírica de Justo Navarro, *Mi vida social*, reúne cuarenta y siete nuevos textos. Lo que nos puede hacer pensar que es su poemario más ambicioso. Con una particularidad: el libro se publica en 2010, casi un cuarto de siglo después de *Un aviador prevé su muerte*. ¿Pero acaso eso importa? Nunca he entendido la fascinación de la crítica moderna por los silencios literarios. Rimbaud es importante por sus versos, no por renunciar a la palabra. Y lo mismo podría decirse de Gorostiza y de tantos otros. Además, Justo Navarro nunca abandonó del todo la poesía, porque durante estos años ha sido el traductor al castellano de Pere Gimferrer y ha escrito una novela sobre el tam-

bién catalán Gabriel Ferrater, al que significativamente dedica una de las composiciones de *Mi vida social*: «El tema de la literatura moral no es la experiencia / que acerca de nosotros tiene / el escritor, sino la inexperiencia / que se siente ante ellos».

En cualquier caso, después de veinticinco años dedicándose principalmente a la prosa y, más en concreto a la novela, la pregunta resulta obvia: ¿qué queda y qué ha cambiado en esta nueva etapa lírica? Pues bien, a primera vista uno descubre una poesía más narrativa, donde el artificio –tan relevante en lo que a Justo Navarro se refiere– ha ido perdiendo sus deslumbrantes plumas de pato de flojel. Sin que ello signifique, en palabras de Valente, rehuir esos instantes de relámpago en la piedra. Excepto un par de extraordinarios poemas, «Infancia» y «Habitación de los niños», los versos de *Mi vida social* son más líquidos, fluyendo con una naturalidad ejercitada sin duda en artículos y narraciones varias: «El dolor –me explicó– es el origen / de la memoria, así / que avisamos: «Te acordarás / de mí», o, por expresarlo / de modo más directo: «Voy a hacerte / tanto daño que no lo olvidarás»».

Y junto al dolor y a la memoria, por supuesto, la muerte: «Morir es un idioma y deberás / aprenderlo (...) Es un secreto / lenguaje de una sola / palabra: quien la aprende ya no es él». De este modo, las obsesiones de Justo Navarro se van a ir repitiendo también en este nuevo libro, puntualmente, como el cuco de un reloj. Lo que antes era «Serie negra» ahora es «*Kriminalroman*». Y la figura del progenitor –presente en novelas como *Hermana muerte* o *La casa del padre*–, se materializa ahora en poemas como «Otros modos de provocar afasia», «La familia» o «*Curriculum vitae*»: «Encontré a mi padre / más callado que nunca, más / enmudecido y más mutante, / avergonzado / de envejecer, de haber envejecido. // Esperaba en la puerta / del Hotel Alhambra: (...) No queda en ti nada de ti –me dijo».

Como vemos, los vasos comunicantes no sólo existen entre sus dos primeros poemarios: la novela sobre Ferrater, titulada *F.*, se abre con una advertencia –«Todos los personajes y lugares, reales o ficticios, sólo aparecen como personajes y lugares imaginarios»– que prácticamente se repite al comienzo de *Mi vida social*: «Los hechos que se cuentan transcurren entre 1959 y 1994. Cualquier coincidencia con situaciones o personajes reales, vivos o muertos,

es fortuita. Todos los personajes y lugares, reales o ficticios, aparecen como personajes y lugares de ficción».

En literatura, la realidad cuenta menos que la verosimilitud. Y casi me atrevería a decir que ni siquiera ésta importa: que de lo que se trata es, paradójicamente, de que el escritor nos haga olvidar la realidad. Sucede igual que cuando llevamos un rato conduciendo por la autopista. Los márgenes desaparecen y lo único que vemos es lo que tenemos delante. Pues bien, ese efecto túnel es lo que Justo Navarro nos ofrece a cada página. Y eso, y no el resto –con permiso de Verlaine–, es la auténtica literatura ©